



## HERRAMIENTAS DE ANÁLISIS PARA UN MEJOR ENTENDIMIENTO DE LOS NACIONALISMOS Y LAS NACIONES. DEL MARCO DISCURSIVO A LOS OBJETOS

*Analysis tools for a better understanding of nationalism and nations. From  
discursive framework to objects*

Jose Santiago\*

\* Universidad Complutense de Madrid -TRANSOC-GRESCO

jasantiago@cps.ucm.es

### Palabras clave

Nacionalismo  
Nación  
Fronteras  
Etnicidad  
Objetos

### Keywords

Nationalism  
Nations  
Boundaries  
Ethnicity  
Objects

### Resumen

Mi propósito con este escrito es profundizar en diversas herramientas de análisis que permiten a las ciencias sociales una comprensión más adecuada de los nacionalismos y las naciones. Para ello se retoman diversas propuestas de Alfonso Pérez-Agote, cuya obra ha devenido uno de los principales referentes de la ciencia social española en este campo. En primer lugar, se presenta el marco discursivo en el que las ciencias sociales han dado cuenta de las naciones y los nacionalismos. A continuación, tomo partido en algunos de los principales debates sobre estos objetos de estudio que han tenido lugar en las últimas décadas, sirviéndome para ello de las aportaciones de Pérez-Agote<sup>1</sup>. El recorrido, que nos adentrará en cuestiones como la definición de la nación, las perspectivas fenomenológica y genética, los mecanismos de reproducción de la idea de nación y el concepto de fronteras, concluye con una aportación sobre la centralidad de los “objetos” en la conformación de comunidades nacionales.

### Abstract

The purpose of this paper is to deepen analysis tools that enable social science a better understanding of nationalism and nations. To this end I will revisit Alfonso Pérez-Agote's thesis, whose work has become one of the leading references of the Spanish social science in this field. I will first outline the discursive framework in which the social sciences have analyzed nations and nationalism. Then I take sides in some of the major debates on these objects of study that have taken place in recent decades, revisiting the main Perez-Agote's contributions. I will examine issues such as the definition of the nation, the phenomenological and genetic perspectives, the mechanisms of reproduction of the idea of nation and the concept of boundaries. Finally the article concludes with a contribution on the centrality of the “objects” in shaping national communities.

Santiago, J., 2015, “Herramientas de análisis para un mejor entendimiento de los nacionalismos y las naciones. Del marco discursivo a los objetos”, en *Papeles del CEIC*, vol. 2015/3, nº 141, CEIC (Centro de Estudios sobre la Identidad Colectiva), Universidad del País Vasco, <http://dx.doi.org/10.1387/pceic.14766>

Recibido: 10/2015; Aceptado: 10/2015

<sup>1</sup> A propósito de la obra de Alfonso Pérez-Agote, en este escrito se exponen de forma comprimida algunas ideas sobre los nacionalismos y las naciones que aparecen de forma más desarrollada y aplicada en Santiago (2015).



## 1. LA DIMENSIÓN MODERNA COMO MARCO DISCURSIVO EN EL ESTUDIO DE LAS NACIONES Y LOS NACIONALISMOS

En la teorización de la nación y el nacionalismo realizada desde las ciencias sociales han jugado un papel determinante “las fronteras de los grandes señoríos de la Crítica moderna” (Latour, 1993). Las prácticas de *purificación* han sido tan pronunciadas que se han convertido en la tarjeta de presentación de las diferentes aproximaciones a estos objetos de estudio. Por un lado, encontramos las teorías que han movilizad el recurso de la *naturalización*, explicando el fundamento del nacionalismo a partir del *polo objeto* de la dimensión moderna a la que hace referencia Latour. Así, el primordialismo, ya sea en su vertiente biológica o cultural, ha otorgado un gran poder a los objetos primordiales en la conformación de las naciones. De este modo, algunos teóricos del nacionalismo, como Grosby (1994), han reaccionado a lo que consideran excesos de la crítica instrumentalista, que ha pretendido reducir el vínculo étnico y nacional a la interacción social y la búsqueda del *interés* por parte de las elites. Se retoma así el legado de Geertz, para el que “algunos apegos y adhesiones parecen deberse más a un sentido natural (...) que a la interacción social” (Geertz, 1990: 222). Frente a este tipo de interpretaciones y a las visiones esencialistas de muchos nacionalistas, las teorías de corte constructivista han puesto el énfasis en el otro polo de la dimensión moderna, en el *polo sujeto*, priorizando el recurso de la *sociologización*. Es el caso de las corrientes modernista, posmoderna o marxista, que definen la nación como una “invención histórica arbitraria” (Gellner, 1988), una “comunidad imaginada” (Anderson, 1993), o como un “artefacto inventado” que oculta otras comunidades, como las clases sociales, que, según entienden, sí son “reales” (Hobsbawm, 1992).

Estas teorías, que han devenido hegemónicas en la ciencia social desde hace unas décadas, han sido las encargadas de presentar la *denuncia moderna* contra la creencia, que hunde sus raíces en el romanticismo, según la cual la nación es algo dado, una entidad primordial que se impone a los individuos en la medida que comparten algún rasgo. La nación sería de esta forma una comunidad objetivada por una serie de rasgos como la lengua, la raza, la religión, etc., que la hacen existir “objetivamente” más allá de lo que piensen los sujetos. El polo objeto es aquí determinante, ya que los rasgos diacríticos son tan potentes que conforman la nación. El polo de la política, el polo sujeto, no juega ningún papel, a no ser el de servir para tomar conciencia de una entidad transcendente que está ahí desde tiempo inmemorial. Su existencia es tan “natural” que queda al margen de



la discusión política. Por el contrario, la reacción de las ciencias sociales ha puesto el énfasis en este otro polo, el polo-sujeto, afirmando que las naciones no tienen existencia más allá del nacionalismo. Los rasgos no son más que meras pantallas o receptáculos donde la nación se proyecta, pero sus propiedades no son, en ningún caso, determinantes. No hay ningún rasgo que determine la existencia de la nación, ya que éstos son siempre "borrosos, cambiantes y ambiguos" (Hobsbawm, 1992: 14). En otras palabras, la operación que ha llevado a cabo la ciencia social ha sido desplazar el interés teórico desde la nación al nacionalismo, por ser éste quien "construye" e "imagina" la nación, o, en radical expresión de Gellner, por "inventar naciones allí donde no existen" (Gellner, 1964: 168).

Estrechamente relacionado con este debate sobre el fundamento del vínculo nacional, el otro gran debate que ha suscitado grandes polémicas en este campo de estudio ha sido el que ha enfrentado a los defensores del carácter moderno de la nación, los llamados *modernistas*, y aquellos que sostienen que la nación es una comunidad perenne que antecede a la llegada de la modernidad (Hastings, 2000). Para los primeros, las condiciones de plausibilidad para el desarrollo de las naciones no se dieron hasta la llegada de la modernidad, mientras que para los *perennialistas* las naciones son precipitados históricos cuyo origen antecede al advenimiento del mundo moderno.

Desde una perspectiva socio-histórica, es difícil sostener que las naciones son fruto del carácter primordial de los objetos y que los vínculos nacionales son anteriores a la modernidad. Por el contrario, las naciones son construcciones sociales que aparecen con el mundo moderno como consecuencia del desarrollo de los nacionalismos, que, tal como los conocemos, nacen a finales del siglo XVIII en consonancia con el desarrollo de los Estados-nación. Ahora bien, dicho esto, a las ciencias sociales les compete dar cuenta de por qué la nación, siendo una construcción social moderna, es percibida por muchos nacionalistas como una entidad esencial que hunde sus raíces en un pasado muy remoto. Para encontrar una respuesta considero que la obra de Pérez-Agote provee de buenas herramientas de análisis.



## 2. DEFINICIONES Y PERSPECTIVAS FENOMENOLÓGICA Y GENÉTICA EN EL ESTUDIO DE LAS NACIONES Y LOS NACIONALISMOS

Gran parte del trabajo de purificación llevado a cabo por la *crítica moderna* en su objetivo de analizar las naciones y los nacionalismos ha derivado de la necesidad de definir estos conceptos. Una tarea fundamental de ruptura epistemológica que debe ser inexcusable para todo científico social que se adentre en este campo caracterizado por un gran "caos terminológico" (Connor, 1998). ¿Qué es una nación? ¿Cómo diferenciarla de otras entidades como la etnia y el Estado? Frente a lo que creía Durkheim, es difícil sostener que la definición de los objetos de estudio puede ser previa e independiente de cualquier teoría. Como en el caso de su propia teoría de la religión (Durkheim, 1982), también en el ámbito del nacionalismo, "existe un vínculo entre los conceptos utilizados y los presupuestos teóricos: una definición de la nación es ya en cuanto tal una teoría implícita de la nación" (Schnapper, 2001: 27). Y así lo es también en el caso de esta socióloga, que ha puesto un gran empeño en definir la idea de nación, señalando el error de los principales teóricos del nacionalismo, que, según entiende, no han roto con el "sentido común nacionalista", que convierte de forma automática a las etnias en naciones. Ciertamente la ciencia social no tiene por qué "regalarles la ontología" a los nacionalistas, tal y como señalaba Gellner (1988), pero tampoco debemos limitar la definición de nación a una determinada concepción de la misma, como sucede con Schnapper, que reduce aquella a la idea de nación "a la francesa". En definitiva, no hay, como sostiene esta socióloga, una sola idea de nación, sino varias. Entre ellas, las más destacadas son la cívica y la étnica, pero esta última no tiene por qué confundirse, como cree Schnapper y muchos nacionalistas, con la etnia. Si bien la etnia y la nación son dos categorías que hay que distinguir nítidamente, también es cierto que entre ellas existe una fuerte relación. En todo caso, frente a lo que propone Schnapper, la categoría de nación no puede quedar reducida a la nación cívica o a la "comunidad de ciudadanos" representada por un poder estatal. A este respecto, me adhiero a las consideraciones de Smith cuando señala que "el concepto de nación va mucho más allá de la idea de comunidad política o de vehículo para el ejercicio del poder estatal, aunque sea un poder estatal con fronteras fijas. Se refiere asimismo a una comunidad cultural distintiva, a un 'pueblo' en su 'tierra natal', a una sociedad histórica y a una comunidad moral. El deseo de tener autonomía política en un territorio delimitado es un componente



vital del nacionalismo, pero no agota en absoluto sus ideales" (Smith, 2000: 147).

Pero, más allá del debate en torno a la definición legítima de nación, los teóricos del nacionalismo han de ser conscientes de que dicha definición no tiene por qué ser compartida por los actores sociales, ya que la nación es una categoría utilizada tanto por estos como por los científicos sociales. Es decir, forma parte tanto del "sentido común" como de la ciencia social. Y es precisamente esa dualidad de la nación, como objeto de pensamiento de los actores sociales y como objeto científico, lo que nos pone sobre la pista de las diversas formas de representarnos a aquella. Por ello Pérez-Agote ha propuesto un modelo teórico que parte de la necesidad de que los sociólogos estudiemos las naciones y los nacionalismos en un doble momento analítico. En primer lugar, un momento fenomenológico, en el que se dé cuenta "desde dentro" de la representación de la nación por parte de los actores, intentando captar el sentido que dan a dicha representación. En segundo lugar, un momento genético, en el que el sociólogo analice "desde fuera" quién, cómo, cuándo se da lugar a esa representación de la realidad bajo la categoría de nación y cuál es su éxito social (Pérez-Agote, 1995: 113). Según este modelo, la nación se nos presenta "como algo que pertenece primaria y fundamentalmente al mundo de la conciencia de los actores sociales. La nación es, pues, una categorización social (hecha por los actores sociales) de una realidad colectiva; y no es primariamente una categorización científica (hecha por los científicos sociales) de una realidad social" (ibídem).

### **3. PLAUSIBILIDAD SOCIAL Y MECANISMOS DE REPRODUCCIÓN DE LA IDEA DE NACIÓN**

Las perspectivas fenomenológica y genética que propone Pérez-Agote no solo nos revelan dos formas distintas de aproximarnos a las naciones y los nacionalismos, sino que en ocasiones pueden dar lugar a imágenes que entran en conflicto. En efecto, anteriormente se señalaba que la nación nace en la modernidad como uno de sus elementos constitutivos. Desde un punto de vista genético, el origen de las naciones se encuentra en el mundo moderno, y éstas han de ser concebidas como creaciones de los nacionalismos, que nacen con el desarrollo de los Estados-nación. Sin embargo, los actores sociales, los nacionalistas, en muchas ocasiones se representan a las naciones como entidades que hunden sus raíces *illo tempore*, mucho antes de que el nacionalismo las despertase de un "gran



sueño". ¿Cómo dar cuenta de esta contradicción? La explicación hay que buscarla en el nacionalismo, ya que es él el que concibe a las naciones como entidades que existen desde un tiempo inmemorial. Pero, ¿cómo explicar que el nacionalismo dote a las naciones de un pasado que preexiste al advenimiento de la modernidad? La respuesta más recurrente atiende al carácter manipulador y fantasioso de los nacionalistas, que inventan pasados lejanos que nunca existieron. Frente a esta explicación, B. Anderson propuso, en la segunda edición de *Comunidades Imaginadas*, una tesis alternativa de mayor calado teórico, según la cual "(l)o que en la mayoría de los escritos académicos parecía confusión maquiavélica o fantasía burguesa, o desinteresada verdad histórica, me pareció ahora algo más profundo y más interesante. ¿Y si la 'antigüedad' fuese, en cierta coyuntura histórica, la *consecuencia necesaria* de la 'novedad'?" (Anderson, 1993: 15).

En efecto, es la propia novedad de la nación y, siguiendo a Pérez-Agote, la arbitrariedad lógica en la que ésta descansa, las que hacen necesario apelar a un *tiempo viejo*, protegido con interdictos, que conjure dicha novedad histórica y arbitrariedad lógica. Es esto lo que explica, como bien ha visto Pérez-Agote, la sacralización de la historia nacional llevada a cabo por el nacionalismo: "dada la arbitrariedad lógica en que se funda el grupo, éste necesita sacralizar la historia de la producción del grupo como si fuera la historia del grupo, afirmando su existencia originaria (...) La arbitrariedad originaria es ocultada por la afirmación de la existencia en su origen del grupo y éste es sacralizado para alejar el peligro de ruptura y la historia es así sagrada, está protegida contra la manipulación cotidiana y profana. El mito fundacional ha de celebrarse mediante rituales que reproduzcan la desdiferenciación social. Éstas son las relaciones entre lo sagrado, la religión y la identidad colectiva. Ésta es la paradoja de la historia en tanto que memoria colectiva. Debe ser reinventada, recreada para afirmar la existencia en el principio de lo que no es sino un resultado arbitrario, de ese proceso histórico" (Pérez-Agote, 1995: 132).

Pérez-Agote ha incidido de forma acertada en el peso de la arbitrariedad lógica de la identidad nacional, al mismo tiempo que en su determinación social. Volveremos sobre ello en el siguiente apartado, pero detengámonos ahora para señalar que la definición de la realidad colectiva en tanto que nación, tal y como es lanzada por los actores sociales, no debe inscribirse en el régimen de la veracidad, pues para que dicha definición se imponga necesita cierta plausibilidad social, es decir, "debe tener consigo una cierta



relación con la realidad definida que le haga capaz de provocar adhesión en los individuos que son objeto de la definición" (Pérez-Agote, 1994: 31). De ahí que, frente a lo que algunas veces se señala de manera interesada, las naciones no son inventos que puedan aparecer *ex nihilo* de un día para otro en función de los intereses de una elites. Para que la definición de una nación tenga éxito social y arraigue en las masas tiene que tener una cierta plausibilidad social, que a su vez viene condicionada por la eficacia de diversos mecanismos de producción y reproducción. Sin duda, el papel fundamental que desempeñan estos mecanismos para el desarrollo de la idea de nación es una de las contribuciones más significativas de la obra de Pérez-Agote. Un buen ejemplo de la relevancia de estos mecanismos para el desarrollo de la idea de nación podemos encontrarlo en el caso vasco, analizado en profundidad por Pérez-Agote (1984; 2008), que se ha centrado especialmente en la familia, el tejido asociativo (con las "cuadrillas") y la Iglesia.

#### 4. ETNICIDAD, FRONTERAS SIMBÓLICAS Y OBJETOS

Anteriormente veíamos de qué modo las ciencias sociales reaccionaron frente a las visiones esencialistas de la nación, proponiendo teorías en las que el peso recaía en el nacionalismo, por ser el que "inventa" e "imagina" aquellas. Con ello la crítica moderna basculaba del polo objeto al polo sujeto de la dimensión moderna. Frente a las teorías que encontraban el fundamento de las naciones en la "objetividad" de los rasgos étnicos, esta reacción ponía el énfasis en el poder conformador del polo sujeto. Pérez-Agote ha ahondado en esta arbitrariedad de los rasgos distintivos sobre los que se conforma la identidad colectiva en general, y la identidad nacional en particular, retomando el legado de Barth, quien mostró que los rasgos que "son tomados en cuenta, no son la suma de diferencias 'objetivas', sino solamente aquellos que los actores consideran significativos" (Barth, 1976: 15). Una significatividad que responde a la instrumentalización que se hace de estos rasgos, pues mientras algunos "son utilizados por los actores como señales y emblemas de diferencia, otros son pasados por alto y en algunas relaciones, diferencias radicales son desdeñadas y negadas" (*ibidem*).

La obra de Barth y el modo en que Pérez-Agote ha retomado su legado son de gran valor para pensar las naciones y los nacionalismos. Se trata en definitiva de desplazar el foco de atención de la constitución interna y la historia de los grupos étnicos y nacionales para centrarlo en las fronteras



que los separan. La problematización de la frontera pasaba a ser el objetivo prioritario para Barth (*ibídem*: 17): "el foco de investigación es el *límite* étnico que define el grupo, y no el contenido cultural que encierra". Su interés por este nuevo objeto de investigación quedaba justificado por la constatación de que las fronteras étnicas se mantenían una vez que se habían transformado los contenidos culturales que aquellas protegían. Las fronteras, por tanto, permanecían a pesar de que los rasgos diacríticos tenían ya poco que ver con los que habían dado origen al grupo.

El hecho de que sean los nacionalismos los que crean a las naciones, y no a la inversa, nos permite concebirlos como productores de fronteras simbólicas, operación fundamental para trazar la divisoria entre los que pertenecen y los que quedan excluidos de la comunidad nacional. Este interés por las fronteras simbólicas ha sido retomado por la teoría social del nacionalismo. Así, Conversi (1995) ha incidido en ello, llegando incluso a señalar que el nacionalismo es principalmente un proceso de creación y/o mantenimiento de fronteras. Pero, a diferencia de Barth, para quien las fronteras étnicas tienen más peso que los propios contenidos étnicos, para este autor, aquellas están profundamente relacionadas con éstos. La aproximación de Barth, según Conversi, es limitada ya que olvida los mecanismos internos, los "factores objetivos" que son utilizados como marcas étnicas que son luego seleccionadas como *core values* de la nación. Nos encontramos ante una nueva variante del debate *naturalización/sociologización*, esta vez aplicado a las fronteras étnicas. Barth antepone el grupo social al contenido cultural que no actúa más que como mera pantalla en la que aquel se proyecta, pero de la que luego se puede prescindir. Por el contrario, Conversi niega ese poder del grupo para conformar sus fronteras si éstas no están directamente relacionadas con factores "objetivos".

¿Hasta qué punto los "objetos" son imprescindibles para conformar la comunidad nacional o, por el contrario, no son más que meras pantallas en los que aquella se proyecta? Volvamos para dar respuesta a la cuestión a la que hace referencia Pérez-Agote sobre la plausibilidad social que se requiere para que la definición de la realidad colectiva en términos de nación tenga éxito social. Ésta no es solo un asunto de eficiencia histórica de las ideas, o, mejor dicho, para que la idea de nación alcance éxito social es necesaria la presencia de rasgos y objetos, es decir, se hace imprescindible la materialidad que posibilite imaginar la nación. En este sentido las versiones más radicales de las teorías instrumentalista y





modernista, que presentan a las naciones como construcciones *ex nihilo*, resultan reduccionistas, al no prestar suficiente atención al papel que juegan los rasgos y objetos que permiten la clasificación compartida que implica la identidad nacional. Si bien no se puede deducir la aparición de las naciones de aquellos, tal y como sostienen las visiones más esencialistas, lo cierto es que los objetos y rasgos cumplen un papel decisivo en su conformación. Son mucho más que una mera pantalla en la que la comunidad nacional se ve proyectada, pues, en definitiva, si así fuese, nos tendríamos que preguntar por qué toda comunidad necesita los objetos. ¿No será —como señala Latour— que antes de proyectarse sobre las cosas, la sociedad ha de hacerse, constituirse? ¿No será que esos objetos son un elemento esencial para la construcción de la comunidad y no una mera pantalla donde proyectarse? (Latour, 1993: 86).

De esta falta de atención por los objetos como elementos fundamentales para la conformación de las comunidades ha participado buena parte de la teoría social del nacionalismo que ha resultado hegemónica en las últimas décadas. Los objetos han quedado reducidos a epifenómenos, pantallas en los que se proyectaban los vínculos comunitarios, participando así del recurso de la *sociologización* que ha caracterizado a la sociología desde la obra de Durkheim. Recordemos que, según este entendía, los objetos sagrados eran las pantallas en las que se proyectaba el sentimiento de la comunidad: “el tótem no es más que la sociedad hipostasiada”. No obstante, el propio Durkheim dio cuenta de una interpretación alternativa sobre el papel de los objetos en la conformación de la comunidad, pues en algunos pasajes de su obra aquellos pasaban de ser meras pantallas o receptáculos de la vida social para convertirse en sus elementos constituyentes: “el emblema no es tan sólo un instrumento cómodo que hace más diáfano el sentimiento que la sociedad tiene de sí misma: sirve para elaborar tal sentimiento; es él mismo uno de sus elementos constitutivos” (Durkheim, 1982: 216). En efecto, toda comunidad necesita de los objetos no sólo para reflejarse en ellos, sino para poder constituirse. Augé ha incidido en esta idea al señalar que es “insuficiente decir que el cuerpo objeto ‘simboliza’ o representa al grupo; ese objeto es simbólico en el sentido en que el símbolo no es un simple signo, sino que posee un valor operativo. Simbolizar equivale a la vez a constituir un objeto (en caso necesario con la materia de un cuerpo) y establecer una relación: sin el cuerpo soberano, la relación social no existe; no tiene pues sentido decir que la representa; la representa en la medida en que la hace existir” (Augé,



1996: 136). Lo mismo, por tanto, habría que decir con respecto a la comunidad nacional. Los objetos no son sólo la pantalla en los que ésta se proyecta, sino algo mucho más importante: son los que permiten “imaginarla”. Y para este fin no todos los objetos o rasgos cumplen el mismo papel, ya que, según el contexto socio-histórico, algunos pueden tener un mayor poder para hacer de la nación una realidad plausible que alcance éxito social. De ahí la importancia de la etnicidad para la construcción de las naciones, ya que los rasgos étnicos pueden ser movilizados como marcadores de las fronteras simbólicas de la comunidad nacional.

La comunidad nacional necesita, por tanto, de los “objetos” o de los rasgos para poder constituirse, si bien en algunas ocasiones aquellos pueden ser significativos en su ausencia. En efecto, como bien ha visto Pérez-Agote (1994), los rasgos pueden ser socialmente significativos como marcadores diferenciales precisamente cuando desaparecen. A ello se ha referido como la “paradoja del rasgo diferencial”, uno de cuyos ejemplos lo encontramos en los nacionalismos que fijan la frontera simbólica de la nación a partir de una lengua que se ha ido dejando de hablar. Un caso muy significativo en este sentido, al que Pérez-Agote (*ibidem*: 37) ha prestado atención, es la llamada “doble paradoja de la lengua”, que tiene lugar cuando esa lengua que se ha ido perdiendo se reivindica como rasgo diferencial y para ello se utiliza la lengua que se considera de algún modo responsable de esa pérdida.

## 5. BIBLIOGRAFÍA

- Anderson, B., 1993, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, FCE, México.
- Augé, M., 1996, *Dios como objeto*, Gedisa, Barcelona.
- Barth, F., 1976, *Los grupos étnicos y sus fronteras*, FCE, México DF.
- Connor, W., 1998, *Etnonacionalismo*, Trama, Madrid.
- Conversi, D., 1995, “Reassessing Current Theories of Nationalism: Nationalism as Boundary Maintenance and Creation”, en *Nationalism and Ethnic Politics*, vol. 1, nº 1, spring, pp. 73-85.
- Durkheim, E., 1982, *Las formas elementales de la vida religiosa*, Akal, Madrid.
- Geertz, C., 1990, *La interpretación de las culturas*, Gedisa, Barcelona.
- Gellner, E., 1964, *Thought and Change*, Weidenfeld & Nicolson, London.



- Gellner, E., 1988, *Naciones y nacionalismo*, Alianza, Madrid.
- Grosby, S., 1994, "The verdict of history: the inextinguishable tie of primordiality - a response to Eller and Coughlan", en *Ethnic and Racial Studies*, vol. 17, nº 1, pp. 164-171.
- Hastings, A., 2000, *La construcción de las nacionalidades. Etnicidad, religión y nacionalismo*, Cambridge University Press, Madrid.
- Hobsbawm, E., 1992, *Naciones y nacionalismo desde 1780*, Crítica, Barcelona.
- Latour, B., 1993, *Nunca hemos sido modernos*, Debate, Madrid.
- Pérez-Agote, A., 1984, *La reproducción del nacionalismo. El caso vasco*, CIS, Madrid.
- Pérez-Agote, A., 1994, "16 tesis sobre la arbitrariedad del ser colectivo nacional", en *Revista de Occidente*, pp. 23-44.
- Pérez-Agote, A., 1995, "Nación y nacionalismo: la politización de la identidad colectiva", en J. Benedicto y M.L. Morán (eds.), *Sociedad y política*, Madrid, Alianza, pp. 109-138.
- Pérez-Agote, A., 2008, *Las raíces del nacionalismo vasco*, CIS, Madrid.
- Santiago, J., 2015, *Siete lecciones de sociología de la religión y del nacionalismo*, Anthropos, Barcelona.
- Schnapper, D., 2001, *La comunidad de los ciudadanos*, Alianza, Madrid.
- Smith, A. D., 2000, *Nacionalismo y Modernidad*, Istmo, Madrid.